

# Un incidente navideño

*Beatriz Espejo*

*para Joel Hernández*

**L**eonor aprovechaba bien la mañana. Fue a su masaje corporal. La masajista había estado un poco locuaz y parlanchina mientras le embarraba cremas y lociones; pero ella se limitó a contestarle con monosílabos demostrando que no deseaba perder aquellos cincuenta minutos de tranquilidad cotidiana. Al fin pudo evadirse mediante esfuerzos de voluntad y la cháchara incesante dejó de molestarla. Cuando el timbre anunció el término de la sesión, se vistió cuidadosamente y se dispuso a enfrentar los festejos del día y sus propias obligaciones domésticas. Ese 24 de diciembre cenarían en casa de su suegra, lo cual resultaba un descanso. Leonor sólo iba a llevar los postres; pero no era cosa de presentarse sin regalos. Condujo su automóvil rumbo a un bazar de antigüedades. Beatriz Alcocer, dueña de El Rincón, le enseñaba primero que a nadie cosas excelentes, hallazgos reservados para clientes especiales. Arriba de una cómoda, le guardaba un tríptico del siglo XVIII convertido en pequeño biombo. Sin tener firma se le atribuía a José de Ibarra. Leonor admiró la dulce factura y el colorido correspondiente a la escuela del maestro y, aunque no podía sostener la autenticidad que le aseguraban porque sus clases en la Universidad Iberoamericana no le sirvieron para tanto, supo que la adquisición valía la pena de cualquier modo y decidió autoregalárselo.

En otra tienda del mismo rumbo dejó dos hermosos cuadros que un pintor amigo de la familia le había obsequiado con una dedicatoria muy cálida. Después de dudar largo rato, eligió unos marcos engañosamente rústicos; además, dos cisnes y un juego de café de talavera poblana y tres cajitas de marquetería que fueran envueltas en papel dorado con listones verde y rojo. Firmó un cheque por una cantidad fuerte reprochándose sus eternos derroches y por milésima vez, a lo largo de sus tres años de casada, se propuso enmendarse; sin embargo a unas cuantas cuadras el asunto ocupó su pequeño lugar en el basurero de los buenos propósitos.

Tenía un hijo de dos años, un marido generoso, una casa espléndida con gran biblioteca; como mexicana de la vieja escuela, alhajas costosas y servicios de mesa impecables. Repasó la lista de sus caudales en este mundo agradecida a la suerte que le deparaba tales venturas. En el espejo retrovisor observó sus ojos risueños algo afeados. Una alergia al sol le causaba manchas oscuras al principio de los pómulos, así que se propuso visitar al dermatólogo apenas pasaran esas fechas. Comió con una amiga en el Passy. Y más o menos a las cinco sonó el claxon frente a su casa.

Con cara compungida, la recamarera abrió el zaguán. Leonor guardó el coche en el garage en tanto su corazón de madre daba un vuelco y al bajarse preguntó:

--¿Está contigo Santiago?—. No tuvo que esperar respuesta. En su mameluco amarillo con un pollito bordado sobre la pechera, el bebé apareció en el vano de la entrada estirando los brazos para que lo cargara.

—¿Qué te sucede, Paula? —dijo Leonor volviéndose a su sirvienta.

—Señora, a Margarita le ocurrió un accidente...

—¿Cómo ...?

—Se le murió Federico.

Margarita, la nana de Santiago, cuidaba a un hijo ajeno y descuidaba al propio. Era madre de una criatura también de dos años a quien para trabajar encomendaba con un abuela anciana.

—¿De qué murió el niño?

—Las personas que nos avisaron dijeron que se había ahogado.

Leonor sintió temblores súbitos. Jamás lloraba ¿para qué si la vida le parecía tan amable? Pero las lágrimas se le desbordaron por las mejillas. Asustado, Santiago demostraba su inquietud primero haciendo pucheros y luego prorrumpiendo en gritos ensordecedores.

—Cálmese, señora! Puso nervioso a Santiago y usted puede enfermarse. ¿Quiere que le traiga un té y unas pastillas? —propuso Paula.

—No, gracias. Mejor busca a Margarita, dile que venga. Necesito ayudarla de algún modo... —procuraba controlarse tomando el dominio de la situación y tranquilizaba a su hijo con palmaditas en la espalda.

Un rato más tarde vino Margarita y contó lo sucedido envuelta en un rebozo. Tenía la cara hinchada de llorar, las trenzas sueltas y profundas ojeras.

—Mi abuela se distrajo, Federico se acercó al estanque de los patos, quiso sacar una pelota y se cayó dentro... —luego su pesadumbre se convirtió en desolación, movía la cabeza como péndulo y preguntaba: —¿Por qué pasó esto? ¿Por qué a mí, Dios mío?

Santiago se retorció angustiado, hasta entonces no había percibido la desgracia en torno suyo. Leonor lo puso en brazos de Paula y ordenó:

—Llévatelo y haz que se duerma—. Enseguida estrechó contra sí solidariamente a Margarita deseando consolar su cuerpo convulsionado por los sollozos.

—Déjame darte algún dinero. Toma lo que traigo en la bolsa—dijo, abrió el puño de Margarita apretado por la angustia y depositó en la palma unos billetes de cincuenta mil pesos—. Bebe un tequila. Vamos a servirte—, añadió y, sin quererlo, al escucharse juzgó su actitud propia de una persona muy liberal con el servicio, quizá demasiado impulsiva y cariñosa; pero empujó el hombro de su criada hacia la cocina.

Margarita bebió de un trago la copa y pareció tranquilizarse momentáneamente. En silencio atisbaba el fondo víctima de la hipnosis sorbiendo a intervalos las lágrimas que le escurrían por la nariz. Leonor la miraba sin atreverse a pronunciar palabra. Mientras, la incomodidad comenzó a crecer, parecía un globo que se inflaba al tamaño del cuarto. Margarita lo hizo estallar con voz hueca:

—Gracias, señora. Me voy para quedarme con mi muchachito al menos esta noche—. Dejó la copa en el fregadero y se fue.

Leonor sintió que esa última frase escondía una recriminación velada. Apenas estuvo sola quiso confirmar que Santiago dormía sano y salvo con la respiración acompasada. Subió a la recámara. En ese momento Paula se despegaba de la cuna, caminaba con el mismo cuidado que pondría si el piso se cubriera de cascarones. De pronto se convirtió en estatua evitando cualquier ruido. Santiago se había cambiado de postura, con las manos a cada lado de su cabeza morena y redonda acentuada por un fleco castaño. A pesar de que se debía a problemas respiratorios, su boquita entreabierta le daba un aspecto delicioso. Leonor se acercó junto, despidió a Paula con un ademán, y estuvo absorta hasta que los pasos de su marido interrumpieron la contemplación. Entonces abandonó calladamente la pieza.

—¿Es cierto lo que me dijo Paula? —preguntó Emilio perplejo.

—No hables tan alto—, interrumpió Leonor enérgica y, contraponiendo una actitud con otra, volvió a llorar. Por algún motivo se creía culpable y creía que sufrir la exoneraba de un futuro y merecido castigo.

—¿Quieres ir al velorio a pesar de todos los compromisos que tenemos? —preguntó Emilio mientras le destapaba la oreja izquierda arrimándole el cabello hacia atrás como si buscara que lo escuchara mejor.

—¿Podríamos? —y los ojos claros de Leonor pidieron innecesariamente un permiso.

A Emilio le parecía grosero presentarse con su chaqueta de cashmere y su corbata de Christian Dior con que había recibido las felicitaciones y los brindis de clientes y amigos en la oficina. Se quitó mancuernillas y anillo para guardarlos en la caja de plata que usaba como estuche. A cambio vistió un grueso chaquetón azul marino y unos pantalones de mezclilla semiarrumbados en el ropero. Se veía metido en un disfraz.

La amabilidad de los señores conmovió a Margarita, quien abandonó el rincón donde de alguna manera se amparaba.

—Siéntense usted, por favor... —y al llevar a buen término ese acto de cortesía se le quebraron las frases y sufrió el asalto de una nueva desesperación.

A los treinta años cumplidos Leonor desconocía la agresividad de la miseria. Esa noche se tropezó con ella. Vislumbró cohibida un cuarto lleno de sombras, al centro del cual, sobre una mesa, yacía un pequeño bulto envuelto en una colcha blanca tejida a mano. Lo alumbraban dos veladoras trémulas, un cirio parpadeante afianzado en una lata llena de tierra y un minúsculo arbolito de navidad con algunos foquitos rojos. En una hilera llena de sillas y cajones arrimados contra la pared se sentaban diez o doce mujeres estáticas tapadas con sus chales negros. Era un coro de ánimas en pena acostumbrado a la tragedia.

Parado detrás de Leonor, sin saber en qué ocuparse, Emilio miraba la punta de sus pies. Al cabo de unos instantes sacó dinero de su cartera.

—Para lo que te haga falta, Margarita. En estos casos conviene contar con él—, dijo como si hubiera vivido en carne propia una situación semejante.

Hacia una esquina había una cama matrimonial desvencijada. Dormía alguien allí tapado hasta arriba. En lo alto de un armario se hacinaban las pertenencias del niño muerto. Leonor identificó una cubeta y una pala que ella le había

regalado la Navidad pasada, un carro de bomberos misteriosamente desaparecido del cesto de juguetes de Santiago y unos zapatitos manchados que consideró inservibles para su hijo y se los dio a Margarita para el suyo. Al reconocerlos rompió a llorar otra vez, despreocupada de que los testigos silentes recibieran sus desahogos con una incrédula dureza colmada de reservas.

Poco a poco se sosegó y comenzó a percatarse de que a unas cuadras de su propia casa, entre esas paredes, habitaban la promiscuidad, el olor a mugre y la degradación. Emilio también debió advertirlo porque casi al instante le susurró que ya habían soportado aquel enojoso asunto más de la cuenta. Se inclinó hacia su mujer y por lo bajo la instó a retirarse recordándole que los esperaban para cenar.

Tan pronto cruzaron el umbral, el aire los reconfortó. Respiraron hondo y caminaron abrazados. El manto nocturno cubría las construcciones del vecindario.